



Los Migrantes: ciudadanos del mundo y agentes de desarrollo.

Mensaje de apertura. 23 de octubre de 2008.

América es un Continente nacido de pueblos migrantes que de norte a sur dieron cauce a nuevas civilizaciones. Como ha ocurrido en todo el mundo, nuestros pueblos han recibido en forma constante a inmigrantes, refugiados, exiliados, perseguidos y desplazados venidos de otras tierras, en ocasiones huyendo de la injusticia y la opresión, buscando libertad y oportunidades de legítima autorrealización.

Cómo no afirmar, entonces, que los migrantes no sólo son parte de la historia de la humanidad; ellos han sido protagonistas de la historia y, muchas veces, en su éxito o en su fracaso, en su dolor o en su alegría, han escrito páginas gloriosas de esa que es nuestra historia. Por los migrantes, los pueblos han compartido creencias y valores que han nutrido y diversificado nuestras culturas; que han superado expectativas en la ciencia, en la economía, en la política, en fin, en todos los ámbitos de la vida humana.

En la situación actual, prevalecen la inconsistencia, divergencia y unilateralidad de políticas orientadas en muchos casos a los síntomas y no a las causas sociales del fenómeno migratorio. Frente a ello, es necesario alentar en todos los órdenes la solidaridad humanitaria, promover un cambio de actitud en los gobiernos para que, por encima de sus orígenes partidarios e inspiraciones ideológicas, primero reconozcan a la migración entre nuestras naciones como necesaria y benéfica, y cooperen después con la implementación de políticas que faciliten los flujos legales de migrantes y una hospitalidad generosa que les proporcione servicios sociales y protección a sus derechos.

Es impostergable que entre las luces y sombras que forman parte de la dimensión ética, social, política, económica y cultural de las relaciones entre nuestros países, todos atendamos las causas profundas de la migración que se encuentran en la pobreza, injusticia social, intolerancia religiosa y conflictos

armados. En la esperanza de un futuro mejor, como afirmara Juan Pablo II, la mutua apertura será un enriquecimiento para todos.

Por el bien de la comunidad mundial, las naciones de mayor poderío económico, con posibilidades de proteger y alimentar a sus habitantes, tienen mayor obligación de adaptarse a los flujos migratorios. Es entendible que un Estado soberano controle sus fronteras e imponga límites razonables a la inmigración, es su derecho, pero éste no es absoluto en virtud de que todo pueblo tiene el natural y anterior derecho a condiciones dignas para la vida humana, y si estas no se dan, tiene derecho a emigrar. Por tanto, deben conjugarse las necesidades de los migrantes con las necesidades de los países que los reciben.

En definitiva, sería absurdo aceptar que los migrantes son un problema para el mundo cuando son parte de su esperanza presente; son promesa de un futuro mejor para todos; son una gran oportunidad para dar vigencia a la solidaridad y unidad que reclama nuestra propia naturaleza de personas. Así lo creemos en esta gran familia de demócratas donde sustentamos el pensamiento social cristiano en este gran continente americano.

En todo el mundo las personas deben y merecen tener oportunidades de permanecer en su tierra natal. Cuando no las encuentran tienen derecho a emigrar para buscar un empleo que les permita obtener la manutención y protección propia y de sus familias; a solicitar ayuda sin el riesgo de ser detenidos, explotados o ultrajados.

Lo deseable es que los flujos migratorios se deban a una decisión motivada por razones distintas a la sola necesidad de vivir mejor. Aquí, a este encuentro, venimos a darle fundamento y argumento a ese derecho de emigrar, de salir del terruño amado para darle vigencia a nuestra condición de ciudadanos del mundo, pero también de volver a él con libertad.

Muchas personas que intentan emigrar en busca de una vida digna están sufriendo y en algunos casos muriendo. Continúan prácticas racistas y xenofóbicas que vulneran los derechos humanos de los migrantes, vistos y tratados a menudo como forasteros con malas intenciones, como terroristas o como una amenaza económica. Suelen ser sometidos a leyes punitivas y al injusto maltrato de las autoridades, tanto en países de origen como de tránsito y destino.

Frente a esa realidad inhumana y vergonzante, cuyo saldo son familias separadas, niños que viven en soledad y comunidades enteras devastadas, estamos aquí para buscar la justificación que, independientemente de su situación legal, reivindique a los migrantes y los reconozca como personas con una dignidad intrínseca que debe ser respetada.

Yo espero – como decía el ilustre mexicano Manuel Gómez Morin- que en este encuentro no falten motivos espirituales para darle a los migrantes su justa posición entre nosotros, muchos de los cuales, también somos migrantes o descendemos de esa estirpe.

Bienvenidos a esta cumbre de expertos. La ODCA se mira hoy en ustedes para mirar con visión humanitaria a los migrantes. Gracias por estar aquí y que Dios los bendiga.